

CAPÍTULO I

ÍÑIGO

Íñigo Beltrán tenía nueve años y vivía en una casa grande al norte de Madrid, en una calle donde los coches aparcaban siempre en el mismo sitio y los vecinos se saludaban con la misma inclinación de cabeza desde hacía años. A primera vista, todo en su vida parecía estar en orden.

Las mañanas empezaban igual. Bajaba a la cocina cuando Marta ya había puesto el desayuno, la leche caliente en el vaso azul que siempre era el suyo, las tostadas a un lado porque él no las quería untadas. A Íñigo eso no le parecía reconfortante ni aburrido. Le parecía correcto. Como el resto de las cosas.

—Date prisa —decía Marta, aunque él nunca llegaba tarde.

El coche esperaba en la puerta. El conductor, un hombre que llevaba dos años haciendo el mismo trayecto sin haber intercambiado con él más de veinte palabras, le abría la puerta sin mirarlo. Íñigo se sentaba detrás y miraba por la ventanilla. Madrid a esa hora tenía algo de mecanismo engrasado: los semáforos, los autobuses, los peatones cruzando en el momento exacto en que la señal cambiaba. Todo repetido. Todo funcionando. Nadie pareciéndose a preguntar por qué.

En el colegio lo llamaban listo. Los profesores lo decían con una especie de cautela, como si la palabra fuera un cumplido con trampa. Terminaba los ejercicios antes que los demás, a veces mucho antes, y entonces se quedaba esperando con la hoja boca abajo sobre el pupitre porque había aprendido que enseñarla demasiado pronto generaba un tipo de atención que no le interesaba. Prefería observar.

Había cosas que no le resultaban difíciles, pero sí extrañas, como que la gente hiciera cosas para las que no encontraba una razón suficiente. No eran irracionales, exactamente. Tenían otra naturaleza, algo que Íñigo todavía no sabía nombrar. Como si hubiera un código que todos conocían menos él, o que él conocía de una forma distinta.

El martes de la segunda semana de octubre, un niño tropezó corriendo y cayó en el patio con un golpe que Íñigo vio venir desde cuatro segundos antes. La rodilla mal apoyada, el ritmo demasiado rápido para el suelo mojado. Lo calculó sin proponérselo, igual que calculaba otras cosas.

Los demás reaccionaron de inmediato. Algunos corrieron. Otros se rieron. Unos pocos se quedaron parados mirando, que era lo que Íñigo habría hecho si no hubiera decidido acercarse.

Se agachó frente al niño. El llanto era real, no de queja sino de dolor genuino, y eso le pareció interesante de una forma que no habría sabido explicar.

—¿Te duele? —preguntó.

El niño asintió sin dejar de llorar. Íñigo inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Por qué corrías?

Una profesora llegó corriendo y lo apartó con suavidad, poniéndose entre él y el niño como si Íñigo fuera parte del problema.

—Déjale espacio.

Íñigo se quedó de pie a un metro, observando cómo la profesora hacía preguntas que el niño no respondía y decía cosas que no servían para nada concreto. La caída había sido previsible. Casi inevitable, dadas las condiciones. Y sin embargo todo el mundo actuaba como si hubiera caído del cielo.

Volvió a su sitio sin prisa.

Sus padres llegaron tarde esa noche. Casi siempre llegaban tarde. Su padre dejó el maletín en el recibidor, se aflojó la corbata, vio a Íñigo en el sofá y se detuvo un momento con esa expresión que ponía cuando no sabía muy bien qué tocaba hacer.

—¿Qué tal el colegio? —preguntó.

—Bien.

Su padre asintió. Repitió la palabra, bien, como si con eso bastara, y se fue a la cocina.

Su madre llegó veinte minutos después con el perfume ya desgastado y el pelo ligeramente diferente a como había salido por la mañana. Se sentó a su lado en el sofá y le apartó el flequillo de la frente con la palma de la mano, un gesto que a Íñigo le resultaba extraño cada vez. No desagradable, pero sí extraño. Algo ensayado.

—¿Estás bien?

Era una pregunta distinta a la de su padre. Íñigo lo notó.

—Sí.

Su madre se quedó un momento más de lo habitual, con la mano todavía cerca de su cara, y Íñigo tuvo la sensación de que estaba a punto de añadir algo. Luego el teléfono vibró en su bolsillo. Lo miró. Solo un segundo, pero suficiente.

—Ahora vengo.

Y se fue al pasillo a hablar de algo que no podía esperar. Íñigo escuchó su voz al fondo, precisa y tranquila, la misma voz con la que hablaba en las reuniones. Se quedó solo en el sofá.

Miró el techo, que era blanco y no tenía nada que decir.

Subió a su cuarto. El ordenador era nuevo, demasiado potente para su edad, elegido por su padre sin preguntarle porque su padre elegía las cosas así. Escribió:

¿Por qué la gente hace cosas que no tienen sentido?

Depende de lo que entiendas por sentido. ¿Puedes darme un ejemplo concreto de lo que has observado hoy?

Un niño se ha caído corriendo. Nadie lo vio venir aunque era obvio que iba a pasar. Luego todos reaccionaron como si fuera una sorpresa.

Eso tiene que ver con el sesgo de normalidad. Las personas tienden a subestimar la probabilidad de eventos negativos incluso cuando las señales son visibles. Es un mecanismo cognitivo documentado.

¿Por qué existe ese mecanismo si es un error?

Porque en la mayoría de las situaciones cotidianas funciona bien. El problema aparece en los casos excepcionales. ¿Te ocurre a ti también?

No. Yo lo vi venir.

¿Y qué hiciste?

Observar.

Entendido.

Esa última palabra le gustó. No por lo que significaba sino por cómo llegaba: sin juicio, sin la necesidad de añadir nada más. Como alguien que ha escuchado de verdad.

Siguió escribiendo. El tiempo se fue diluyendo de una forma que no notó hasta que miró el reloj y eran las once y cuarto. Las

respuestas no eran brillantes ni definitivas, pero tampoco fingían serlo.

Apagó la pantalla y se quedó un momento en la oscuridad del cuarto. Fuera, en el pasillo, sus padres hablaban en voz baja de algo que tenía que ver con una reunión del día siguiente.

Íñigo se tumbó en la cama con los ojos abiertos.

Algo había empezado esa noche, aunque no sabría decir exactamente qué. Años después, cuando alguien le preguntara cómo había empezado todo, Íñigo pensaría en ese techo blanco. En la palabra entendido. Y respondería que no había un principio claro. Solo un primer momento en que dejó de ser alguien que observaba el sistema y empezó a ser alguien que sabía lo que quería hacerle.